

El cuerpo, la medicina y la tecnociencia: apuntes históricos sobre la medicalización

LE BRETON, David (1995) *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Por Nicolás Morales Saéz
CIESAS-DF. México.
nicolasmorales@gmail.com

El factor de individuación

El ascenso del individualismo occidental logrará, poco a poco, discernir, de manera dualista, entre el hombre y el cuerpo, no desde una perspectiva directamente religiosa, sino en un plano profano (p.39)

Uno de los aspectos relevantes del argumento que sostiene el autor es establecer la distinción ontológica entre “poseer un cuerpo” y “ser el cuerpo”. Con palabras más poéticas: “se rompe la correspondencia entre la carne del hombre y la carne del mundo” (p.60). La distinción ontológica deviene, con Descartes, en axiología; el pensamiento (la razón) se eleva, al mismo tiempo que el cuerpo se denigra. La cultura erudita de los sujetos pertenecientes a los grupo sociales dominantes desprecia los asuntos relativos al cuerpo, ejemplar grotesco exaltado por la cultura popular. No nos adentraremos aquí en la extensa obra producida sobre este tema. Baste con señalar que los puntos más altos se encuentran en la obra de Mijail Bajtín (1988) sobre la carnavalesca popular medieval y la *figura* de François Rabelais.

El ascenso del individualismo logra despojar al cuer-

po de su capacidad de representar una colectividad humana. De este modo:

Entre los siglos XVI y XVII nace el hombre de la modernidad: un hombre separado de sí mismo (en este caso bajo los auspicios de la división ontológica entre el cuerpo y el hombre), de los otros (el *cogito* no es el *cogitamus*) y del cosmos (de ahora en más el cuerpo no se queja más que por sí mismo, desarraigado del resto del universo, encuentra el fin en sí mismo, deja de ser el eco de un cosmos humanizado) (p.57).

Esta operación implica además reducir al hombre a los límites de su cuerpo. Retomando la expresión de Durkheim, el cuerpo deviene en “factor de individuación”. Es, por lo tanto, blanco de intervención específica. Arribamos, de esta forma, a una bifurcación: el cuerpo despreciado por la cultura erudita representa un *residuo* inalienable e inaprehensible; pero, a la vez, es apropiado como objeto de saber experto por la biomedicina, la cual erige su prestigio en torno a una especialización cada vez mayor sobre él.

La objetivación del cuerpo

La desacralización del cuerpo alcanza su clímax en la práctica de la disección del cadáver. Le Breton sostiene que:

Con los anatomistas, especialmente a partir de *De corporis humani fabrica* (1543) de Vesalio, nace una diferenciación implícita dentro de la *episteme* occidental entre el hombre y su cuerpo. Allí se encuentra el origen del dualismo contemporáneo que comprende, también de manera implícita, al cuerpo aisladamente, en una especie de indiferencia respecto del hombre al que le presta el rostro (pp. 46-47).

Esta ruptura epistemológica señala el comienzo de un camino que lentamente irrumpirá en la racionalidad moderna. Sus grabados reflejan aún un cuerpo sufriente:

Los grabados de la *Fábrica* y los de muchos otros tratados producidos hasta el siglo XVIII, presentan cuerpos ajusticiados; en estos alternan imágenes cargadas de angustias o de tranquilo horror. Ofrecen, con el correr de las páginas, las situaciones insólitas de un museo imaginario de la tortura, un catálogo onírico de lo insostenible. El trabajo del anatomista no está indemne de culpa y esto se vislumbra en las figuras. El cuerpo herido, lacerado, es testimonio simbólico del hombre al que representaba, recuerdo de su inviolabilidad pasada (pp. 53-54).

Le Breton destaca cómo esta noción de cuerpo se construye en la *Einstellung* (actitud) occidental. No es que la filosofía cartesiana inaugure una nueva sensibilidad, sino que revela una transformación que opera en la *Weltanschauung* (visión de mundo) compartida por los grupos dominantes. En su *Discurso sobre el método* Descartes reproduce el dualismo de Vesalio: el pensamiento es totalmente independiente del cuerpo, no atribuye la menor certeza racional a los sentidos. Le Breton reproduce un fragmento de la tercera de las *Meditaciones filosóficas* de Descartes: “Ahora cerraré los ojos, me taparé las orejas, eliminaré todos mis sentidos, incluso borraré de mi pensamiento todas las imágenes de las cosas corporales o, al menos, porque apenas puedo hacerlo, las consideraré vanas o falsas” (p.73)

Se trata, entonces, del modelo del “cuerpo máquina”. Ajeno a todo pensamiento, el cuerpo, según la filosofía mecanicista, al igual que la naturaleza, se asemeja a una máquina susceptible de ser descompuesta en las figuras y movimientos de sus partes. Este modelo se sustenta además en “nuevas prácticas sociales que la burguesía, el capitalismo naciente y su sed de conquista inauguran” (p.75). Para ello se requiere de un hombre-máquina que asegure la utilización instrumental del cuerpo en lo que Foucault denominó como “tecnología política del cuerpo” (p.79). La disciplina sobre la fuerza de trabajo humana tendrá una perdurable proyección histórica.

De la sala (o teatro) de autopsia al laboratorio, el cuerpo objetivado de la ciencia perderá cada vez más su espesor. De las técnicas de disección al microscopio, la mirada objetivante de la medicina iluminará la salud perdida, “la vida silenciosa de los órganos” según el aforismo de Leriche.

Una antropología del cuerpo medicalizado

En esta genealogía de la noción de cuerpo encontramos, como hemos visto, una miríada de representaciones del campo médico. Le Breton enfatiza justamente la pugna entre la medicina popular, las medicinas alternativas y la biomedicina en Europa occidental. En esta “historia del presente”, la hegemonía de la biomedicina ha debido recurrir más al imperio de la ley que a una legitimidad social disputada por otros saberes que no encajan con el rótulo de charlatanería. Notablemente la medicina popular sobrevive en la cuna de la modernidad; las medicinas alternativas proliferan por doquier:

Este hormigueo de las medicinas, aunque las facultades no las hayan oficializado, o aunque la Seguridad Social no reembolse su costo, le restituye al usuario la posibilidad de una elección a partir, únicamente, de la información que él mismo se ha procurado. Es posible ver en esto una especie de revancha tardía de los sujetos en contra de la reivindicación monopólica de la medicina y, al mismo tiempo, la victoria de la ideología médica que ve en todo hombre un enfermo al que hay que prevenir o curar: “un hombre sano es un enfermo que se ignora” decía el Dr. Knock. La preocupación por la salud y por la forma son las claves de los valores de la modernidad (p.176).

Le Breton centra su análisis sobre la crisis de la institución médica. Esta crisis está situada para nuestro autor sobre la falla estructural que ha convertido al hombre un residuo del cual la biomedicina no se ha hecho cargo. Dicho de otro modo, es una medicina sin sujeto. Esta “antropología residual” es justamente el nicho que las “otras” medicinas reivindican como propio de su quehacer, en una práctica que Georges Balandier ha denominado como “recurso a la contra-modernidad” (p.190). El mismo lenguaje biomédico reproduce estas representaciones organicistas que abundan en los hospitales: “el pulmón de la 12”, “la escara de la 34” (p.180). Al llevar al extremo la aporía del cuerpo sin sujeto la biomedicina ha caído en innumerables escollos que son objeto de juicio por parte de la ética clínica (como disciplina tanto más que como ética aplicada). Le Breton afirma en este sentido que: “Los problemas éticos surgen actualmente por las investigaciones en biotecnología, por la técnica en-

carnizada o por la eutanasia, son las muestras más sobresalientes de esta apuesta médica al cuerpo y no al sujeto" (p.180).

La crisis ética, sin duda, refleja otra cisura mayor: el desafío epistémico de los fundamentos antropológicos de la curación. El punto de partida clave, a mi entender, está en comprender, con Le Breton, que la relación terapéutica se construye, no está dada (p.174 *infra*). Vemos acá, uno de los aportes del interaccionismo simbólico que el autor suscribe, junto a la clásica cita la "eficacia simbólica" en Lévi-Strauss:

(...) La palabra, el rito, o el cuerpo tienen, aquí, la misma fuente. La materia prima es común: la trama simbólica. Sólo difieren en los puntos de ataque. Si el símbolo (el rito, la súplica, la palabra, el gesto...), en ciertas condiciones, actúa con eficacia, en tanto que en primera instancia parece que el objeto sobre el que se aplica tiene naturaleza diferente (el cuerpo, la desgracia, etc.), es porque se mezcla, el agua con el agua, al espesor de un cuerpo o de una vida que, ellos mismos, constituyen tejidos simbólicos. No hay contradicción entre los dos términos de la intervención que mediatiza el operador (chamán, tirador de suerte, médico, psicoanalista...). Este completa un desgarramiento en el tejido del sentido (el sinsentido del sufrimiento, de la enfermedad, de la desgracia), combate la estática del símbolo, por medio de otras formas simbólicas. Sus actos contribuyen a una humanización, a una socialización del trastorno (p.183).

La ruptura ontológica introducida por la objetivación del cuerpo refuerza la interpretación técnica de la eficacia médica, borrando la configuración simbólica de la relación terapeuta-enfermo. Así, donde la biomedicina ve un efecto *placebo*, Le Breton señala un vector simbólico que opera en el acto de dar implícito en la curación (p.185). La práctica médica es prolífica en diversas situaciones que modulan símbolos en la interacción incesante de la comunicación humana.

Para concluir nuestra revisión retomaremos un capítulo curiosamente iluminador: la genealogía del diagnóstico científico por imágenes. El autor reconstruye el imaginario de la transparencia iniciado por los anatomistas e ilustra cómo desde las radiografías hasta la RMN (resonancia magnética nuclear) se amplifica cada vez más en su capacidad de producción de imágenes objetivas sobre la opacidad del cuerpo, al mismo tiempo que se reduce la posibilidad de cualquier "segunda imagen" o interpretación metafórica; se pretende, a fin cuentas, revelar lo real (p. 196 y ss.). Detrás de esta pretensión, se halla para Le Breton un mito fundante que establece una identificación entre el saber y el ver:

(...) El paso del cuerpo a la imagen, de la carne a la pantalla de la terminal de computación, es una transposición sin distanciamientos, sin adiciones. Y si la copia está dada con una forma diferente de la del modelo es porque se trata de una realidad sin escorias que dificulten el análisis. Por medio de una especie de versión laica del gnosticismo, la imagen médica que surge de las técnicas de punta es el lugar en el que el mundo se purifica de sus impurezas para mostrarse con una forma cambiada, bajo los auspicios de una verdad que, finalmente, salió a la luz, vuelva el mundo de lo vivido y de lo íntimo en la esfera de la ilusión, el mundo de las Ideas, es decir, el mundo vuelto a componer por medio de la alianza entre la ciencia y la técnica que se convierte, entonces, en el único verdadero (p.205).

Frente a este imperio de la imagen medicalizada, Le Breton reivindica el poder del imaginario subjetivo y social sobre el cuerpo, evidenciando cómo a través de imágenes mentales algunos enfermos han encontrado el camino a la cura.

Epílogo: El cuerpo, la medicina y la tecnociencia

La crisis de la biomedicina ha sido objeto de debate desde hacer varias décadas. De Iván Illich (1978) a Michel Foucault (1999), de la antropología médica crítica a la salud colectiva, de las corrientes interpretativas a la obra de Eduardo Menéndez (1984), han emergido diversas perspectivas de análisis. Sin pretender agotar esta discusión, sino sólo con el fin de aportar un ángulo más, considero que el libro de Le Breton aborda un aspecto crucial cual es la noción de cuerpo. No obstante, podemos observar un análisis mucho más fino en los tres primeros capítulos del libro que dan cuenta de un panorama general de la antropología del cuerpo y ver reiterados muchos conceptos en los capítulos restantes que atañen a la "historia del presente", a los que no les brinda la misma profundidad. Queda en falta, por cierto, una evaluación más minuciosa de esta alianza entre la ciencia y la técnica, que con Jean Ladrière (1977), denominamos tecnociencia y que constituye un aspecto fundamental para comprender la racionalidad moderna. El grado en que los criterios de la técnica han permeado los discursos y las prácticas de la biomedicina son apreciables sin duda en la "genealogía del diagnóstico científico por imágenes" pero muchas otras mediaciones son posibles; por ejemplo, a través del irrefrenable desarrollo de productos farmacéuticos cuyo impacto más punzante lo observamos en la utilización de psicotrópicos y sus gnoseologías psiquiátricas *ad hoc*. En el cruce entre la mirada médica y la relación

terapéutica vemos reflejada también la arqueología de la medicina que ha elaborado Foucault en el *Nacimiento de la clínica*, y ecos reverberantes del biopoder que constituyen denominaciones contemporáneas a viejos problemas. En este sentido consideramos que se deberían prolongar los aportes de Le Breton con investigaciones empíricas sobre los nuevos desafíos epistémicos que abre la tecnocien-

cia en el campo de la salud y la enfermedad sin perder el énfasis sobre el microcosmos que representa el cuerpo y cómo operan en él los determinantes “macro” (económicos, sociales y políticos).

. Bibliografía

BAJTÍN, Mijaíl (1988) *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: El contexto de François Rabelais*. Madrid: Alianza.

FOUCAULT, Michel (1999) *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. México D.F.: Siglo XXI editores.

ILLICH, Iván (1978) *Némesis médica*. México D.F.: Editorial Joaquín Mortiz.

LADRIÈRE, Jean (1977) *El reto de la racionalidad. La ciencia y la tecnología frente a las culturas*. Madrid: UNESCO.

MENÉNDEZ, Eduardo (1984) *Hacia una práctica médica alternativa. Hegemonía y autoatención (gestión) en salud*. México D.F.: Cuadernos de la Casa Chata 86, CIESAS.